El polizón del Ulises

Ana María Matute

DESTINO

El polizón del *Ulises*

Ana María Matute

Ilustraciones de
Albert Asensio

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1324

© Herederos de Ana María Matute, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones: Albert Asensio

Primera edición: 1983
Primera edición en Ediciones Destino: junio de 2015

ISBN: 978-84-233-4915-9

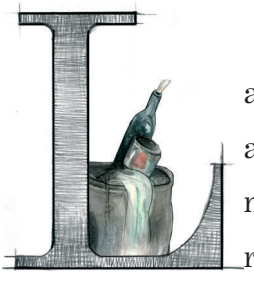
Depósito legal: B. 12.522-2015
Impreso por Reinbook
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La casa de las tres señoritas



La historia que voy a contar arranca de cierta noche de mayo, en casa de las tres señoritas. Ocurrió hace tiempo, pero la verdad es que lo mismo pudo ocurrir hace cien años, que dentro de otros cien, que ayer, o que hoy. Porque ésta es sólo la historia de un muchachito que, un buen día, creció.

Pues bien, cierta noche de mayo, de cualquier año, de cualquier país, llamaron con tres fuertes aldabonazos a la puerta de las tres señoritas.

Las tres señoritas se llamaban Etelvina, Leocadia y Manuelita. Las tres eran hermanas, huérfanas de un rico terrateniente, y solteras. Ninguna de las tres se casó, porque:

Etelvina: Despreciaba a los hombres del contorno, y nunca salió del contorno. Por tanto, llegó a los cuarenta y siete años —la noche de mayo en que empieza esta historia cumplía esa edad— soltera y orgullosa, sin otro amor que la lectura de la *Historia del Gran Imperio Romano*. Esta hermosa historia constaba de doce volúmenes, encuadernados en piel roja y oro, y perteneció al Gran Bisabuelo de las tres señoritas, rico terrateniente también (como su padre y el padre de su padre). La lectura y el estudio de esta historia la habían empujado a escribir ella misma otra *Nueva Historia de la*

Grandeza del Gran Imperio, y entre lecturas y escritos, pasó la mayor parte de su vida. Así continuaba. Empezó a leer a los ocho años, y aún seguía. A los veinticinco comenzó a escribir la suya propia, y aún seguía. Esto explicaba, en parte, que, tras conocer al dedillo la vida, hazañas y grandeza de los emperadores romanos, los hombres del contorno, que sólo entendían de hortalizas, caballos, piensos y cacerías, no la entusiasmaran en absoluto. Todo lo contrario, la aburrían soberanamente.

LEOCADIA: Contaba ya muy maduros cuarenta años. Esta señorita no despreciaba en absoluto a los hombres del contorno, y tenía una idea muy vaga de los emperadores romanos. Pero era muy romántica, refinada y sentimental. Tocaba el piano con verdadero arte, y

oírla era, según la cocinera Rufa, capaz de arrancar lágrimas a las piedras. Ella soñaba, desde los quince años, con un extraño hombre de rizos rubios y ademanes suaves, y claro está, si a los hombres del contorno no los despreciaba, los temía. Aborrecía el humo del tabaco, la caza, las botazas de clavos y el lenguaje grosero. A su vez, intimidaba a los pobres solteros que se le acercaban: era tan exquisita que, ante ella, los pobres no sabían cómo moverse, y se azaraban, derramaban las copas, rompían sillas o pisaban el rabo de los gatos. Acababan huyendo de ella como del diablo, para sentirse cómodos, vociferando y echando la ceniza de sus cigarros donde les viniera en gana. Esta señorita cocinaba muy bien, sabía hacer ricos pasteles y confituras, y se ocupó de

plantar un bello jardín en un rinconcito del huerto (después de suplicar mucho a la señorita Manuelita, que sólo estaba contenta donde veía cebollas, coliflores y tomates). La señorita Leocadia cultivó rosas, geranios, crisantemos, donjuanes de noche y girasoles. Era rubia, de ojos azules, y tenía unas manos muy bonitas, de lo que estaba muy envanecida.

Y, por último:

MANUELITA: Tenía treinta y siete años, y estaba tan ocupada llevando la administración y explotación de la finca, la dirección de la finca y el cuidado de la finca (cosa que ninguna de sus hermanas hacía) que, francamente, no tuvo nunca tiempo ni ganas de pensar en novios. Todos los días recorría las tierras a caballo, vigilaba de cerca la siembra, siega, re-

colección, riegos, ventas y ganancias. Era trabajadora y fuerte como un hombre.

Una vez, un rico hacendado la pidió en matrimonio, y ella le contestó: «Ahora no tengo tiempo, después de la siega ya le contestaré». Pasó el tiempo de la siega, el de la siembra, el de la vendimia, el de las cerezas, el de las manzanas, el de las nueces. Siegas, siembras y recolecciones se sucedieron y, cuando un día, su hermana Leocadia le recordó que debía dar una contestación a su pretendiente, resultó que él se cansó de esperar, se había casado y ya tenía tres hijos. Esto pareció aliviar a la señorita Manuelita, que dijo:

—La verdad es que con todo este ajetreo, a buena hora iba a perder mi tiempo en bodorrios.

Y así, ninguna de ellas, como dije, se casó. Lo que no impedía que vivieran muy tranquilas y felices, en la gran casa, con su prado, su chopera, su huerta, sus viñas y todas sus grandes y hermosas tierras. Un bello río circundaba la finca, profundo y verde, bordeado de chopos ancianos, álamos y robles. Y más allá, en la ladera de las montañas, se alzaba el misterioso bosque.

Así llegó la noche de mayo en que comienza esta historia. Serían aproximadamente las nueve, y las tres señoritas se disponían a cenar, en la gran mesa redonda del comedor. Acababan de desplegar las servilletas, cuando se oyeron tres fuertes aldabonazos en la puerta principal. El cielo aparecía ya de color malva, con una gran estrella.

—¿Quién puede ser, a esta hora? —dijo Manuelita.

Etelvina y Leocadia se miraron entre sí y asintieron. Juana, la doncella, se echó un chal por los hombros y fue en busca del farol de las tormentas. A aquella hora ya habían cerrado y atrancado todas las puertas de la casa, con sus grandes pasadores y cerrojos, y llamó a Jericó, el mozo, para que la ayudase a abrir la puerta. Todas las noches, antes de cenar, las señoritas solían recorrer la casa, cerrando puertas y ventanas, con la mohosa escopeta del Abuelo y el farol. Ésta era una viejísima costumbre aprendida de su Padre, y del Abuelo, y del Gran Bisabuelo, y se la llamaba «la caza del ladrón». Aunque jamás, que se supiera, habían encontrado ninguno. Entretanto,

sobre el gran sofá de la sala, los retratos del Padre, del Abuelo y del Gran Bisabuelo sonreían bajo sus rizados bigotes.

Jericó fue a por las llaves, y descorrió el gran pasador de la puerta. Cuando Juana la abrió, sólo la brisa, el perfume de mayo y el cricrí de las mariposas cantoras entraron en la casa. Jericó y Juana se miraron, asombrados.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Jericó, asomando la cabeza y mirando a un lado y otro.

Pero nadie, excepto los grillos, contestó. En aquel momento, Juana señaló al suelo: allí había una gran cesta, con tapadera, de las que usan los campesinos para guardar el pan.

—Mira —dijo—. Alguien dejó esto. Seguramente será un presente para la señorita Manuelita. ¡Ya sabes cuánta gente la quiere!

Juana levantó la cesta. Pesaba bastante, y supuso que contendría miel, harina, huevos y cosas así.

—Pues éste —dijo Jericó, rascándose la nuca— es un verdadero agradecido, que ni siquiera se da a conocer.

Juana entró en el comedor con la cesta.

—Han traído esto para ustedes —dijo.

Las tres hermanas levantaron rápidamente la cabeza del plato. Eran las tres muy distintas, pero tenían algo en común: el buen apetito y la curiosidad.

—¡A ver, a ver!

—¡Destápala!

—¿Qué será?

Juana acercó la cesta a la señorita Manuelita, que, aunque la menor, era la de más auto-

ridad. La señorita Etelvina se puso las gafas, la señorita Leocadia pasó disimuladamente la lengua por sus labios, imaginando alguna tarta o confitura, y la señorita Manuelita sonrió, levantó la tapadera de la cesta y:

—¿Qué?

—¡Ay!

—¿Qué significa esto?

Por poco Juana deja caer la cesta. Dentro había, ni más ni menos, un niño. Un niño gordito, dormido, con un dedo en la boca, envuelto en una vieja manta de colorines. No tendría más de un mes, aproximadamente.

Rufa, que andaba siempre escuchando, y Jericó, que no se había apartado de la puerta, entraron de un salto.

—¡Ah!